



Cuauhtémoc vencido.

I

"Guatemuz y manda tocar su corneta que era una señal que cuando aquella se tocase, que habían de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello; y retumbaba el sonido que se metía en los oídos, y de que le oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes; saber yo que decir ahora con que razón y esfuerzo se metían entre nosotros a nos echar mano, es cosa de espanto."

BERNAL DIAZ. Cap. 152.

Tenuçhtitlán, la famosa
ciudad del Anáhuac reina;
la de los ricos palacios
y de avenidas soberbias;
la de los altos teocalis
y monumentos que encierran
todos los grandes tesoros
de los monarcas aztecas;

contra las huestes hispanas
tiempo hace que lucha lleva
y mientras pasan más días
más se enardece la guerra,
más los ánimos se exaltan,
más acrece la tormenta,
y más cadáveres cubren
á la ensangrentada tierra.
En vano Cortés ha enviado
dos nobles al Rey azteca
para que á tanto combate
y á tanta sangre dé tregua;
que ambos enviados volvieron
sin obtener la respuesta
que el mismo Cuauhtimotzín
más tarde á las huestes diera,
siempre en lo alto del teocalli,
siempre al labio la corneta,
siempre dispuesto á morir
antes que entregar su tierra.
Y en tanto, el pueblo agobiado
por el hambre y la miseria,
clama piedad por las calles,
sus gritos el aire pueblan,
y las mujeres y niños
postrados cayendo en tierra,
con lágrimas muy amargas
el suelo temblando riegan.
Y así se pasan las horas,

y otras horas así llegan,
cubiertas de sangre siempre,
siempre de pavor cubiertas,
hasta que ya fatigados
los ejércitos aztecas,
tras fiera carnicería
que de sangre el suelo llena,
entre el humo del combate
y entre dardos y entre piedras,
entran las huestes hispanas
del Anáhuac á la reina,
con sangre azteca regando
calles, templos y plazuelas.

II

"No me tiren que yo soy el Rey
de México y desta tierra y lo que te
ruego es que no me llegues ni a mi
mujer ni a mis hijos, ni a ninguna
mujer ni a ninguna cosa de lo que
aquí traigo, sino que me tomes a mi
y me lleves a Malintzin.

BERNAL DIAZ. Cap. 156.

Como la blanca gaviota
que entre los mares serena
riza con nevada espuma
la azul superficie inquieta,
así por el ancho lago
frágil piragua ligera
se desliza, á otras regiones
llevando al monarca azteca.

Ya está lejos de las tropas
que á perseguirla se aprestan;
ya como un punto se pierde
del lago en la anchura inmensa;
ya del feroz enemigo
libre al fin se considera,
cuando en el pecho de Holguín,
noble que sigue sus huellas,
al distinguir la piragua
surge súbita sospecha.
Y al darle alcance, y al ver
que las reales enseñas
cubren la débil piragua
que huyendo al monarca lleva,
á aprehenderlo se disponen
y á hacerle fuego se aprestan,
hasta que sobre la barca
salta el valeroso azteca.
"Yo soy Cuauhtémoc—exclama
con voz atronante y fiera.—
Soy el monarca de México,
dueño y señor de estas tierras.
Aquí estoy, mas no me toques
á la que es mi esposa honesta,
que á Malitzin daré yo
de todo una exacta cuenta.
Y entregado á los guerreros
que asombrados le rodean,
marchó con la frente altiva,

con la mirada serena,
levantada con orgullo
la coronada cabeza,
y sin sombras de temor
que la prisión le infundiera.

III.

“Llegose a mí y díjome en su lengua: que ya el había hecho cuanto de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos, hasta venir en aquel estado: que ahora físiecte de el lo que yo quisiere, y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciendome que le diese de puñaladas y matare.”

HERNAN CORTES. Relac. Tercera Pag. 300.

Bajo alegre cenador
que cubre la verde yerba,
formando mullida alfombra
el blando musgo en la tierra,
entre el arrullo que forma
de los zenzontles la queja,
y entre los suaves aromas
de la brisa lisonjera,
míranse mesas que están
de mil manjares cubiertas,
y ahí se encuentra Cortés
del prisionero en espera.
Junto al héroe su hermosura
la joven Marina ostenta

y de las tropas hispanas
los principales se encuentran.
Suenan el atambor; el noble
jefe de México llega,
entre los rudos soldados
á Hernando Cortés se acerca,
lanza una mirada en torno
y tiende á Cortés la diestra,
siempre la mirada altiva,
siempre la frente serena.
“Malitzin—dice al hispano—
he cumplido en la defensa
de mi ciudad y vasallos,
tal como cumplir debiera.
No puedo más; prisionero
me traen á tu presencia
y has de mi lo que te plazca,
braz pues, de mi lo que quieras”
Tales palabras oyendo
Cortés asombrado queda
que no esperaba encontrar
en el rey tal entereza,
y admirando ese valor,
le llena de mil promesas,
promesas que oye el monarca
con marcada indiferencia.
De pronto ve que un puñal
del cinto de Cortés cuelga,
y sobre su rica cruz

poniendo la noble diestra,
"Toma,—dice al vencedor
con voz que el valor revela—
húndeme está hoja en el pecho
y haz que en el instante muera"
Y mientras mudos de asombro
todos al héroe contemplan,
él permanece impasible,
erguido el cuerpo de atleta,
siempre la mirada altiva,
siempre la frente serena!



PQ
.C3
P6